

miedo en la escuela los alumnos || juegan || con el profesor

La revista americana Educational Leadership ha publicado un artículo, firmado por C. Pickhard, sobre «el miedo en la escuela»: cómo los alumnos se las arreglan para infundir miedo en el profesor y «jugar» con él. En consecuencia, hay una degradación de las relaciones personales, el profesor pierde sus papeles y la instrucción didáctica constituye un fracaso para muchos.

A la hora de evaluar los resultados puramente académicos, una vez más, habrá que tener en cuenta que, a ciertos niveles al menos, el aprendizaje de las asignaturas depende no sólo de su dificultad como tal, sino de la relación personal y grupal que profesores y alumnos hayan mantenido durante el curso.

En esta hora de vacaciones, el profesor podrá recorrer, una a una, las miradas, los ojos, los gestos, las palabras que los alumnos le han dirigido a lo largo de sus clases: ¿cuáles de ellas han resultado un fastidio, una amenaza, un disgusto?

Este artículo no es una traducción del anunciado arriba. Recoge de él los títulos de la mayoría de los juegos y algunos ejemplos. Con ello se construyen los 15 cuadros que aquí proponemos y las Actividades para la Escuela de Padres, basadas en la introducción que se hace del «miedo en la escuela»; pero existen afirmaciones que allí no se contienen y otras que son variantes analizadas desde el punto de vista de los que estudian la interacción profesor-alumno en la clase.

A MENAZAS

Lo sabe bien cuando un profesor entra en clase, quizá por vez primera. Algo nota en el ambiente que le amenaza. En cualquier rincón hay un instinto de rechazo: el gesto de despreocupados de unos; los que están haciendo otra cosa y no tienen prisa alguna en acabarla; los que no se han dado cuenta todavía de que «yo» he entrado en clase; los que saben precisamente que «yo» —precisamente «yo»— he entrado.

A veces se ha tratado de algo o muchos algo indefinibles, pero que están ahí y yo los he percibido: gestos, palabras, miradas, silencios, distancias, confianzas que se toman... las veo como una «amenaza» a mi autoridad, al respeto que se me debe, al interés que debieran mostrar por mi asignatura, a la diferencia de tratamiento que me dan respecto a otros profesores.



¿Se habrán dado cuenta de que «yo» estoy aquí?

DISCULPAS

Los que se me acercan y empiezan a «disculpase», a echar sobre mí su propia mala suerte y el rigor o dificultad de mi asignatura. ¿Por qué precisamente a mí? ¿Por qué no cuentan sus problemas a otro? ¿Me veo flojo, frágil? ¿Lo intuyeron? ¿Me ven duro? ¿Quieren tantearme, a ver a dónde llego? ¿Por qué no se limitan a cumplir y me dejan en paz? ¿Qué digo? ¿Me cierran en banda? ¿La disculpa es una amenaza?

Tener miedo a que me pidan «disculpas» puede sin duda reflejar un convencimiento mío de que voy a ceder y perder, por ello, mis papeles. O, al contrario, adoptar una exigencia que no me va, representa crearme dificultades. Las «disculpas» no es un juego que usen los alumnos indiscriminadamente: lo hacen con aquellos que lo van a sentir como una amenaza y va a crearles un sentimiento de inferioridad.

DISTANCIAS

Se afirma que cada persona mantiene una distancia física de unos 60 cm. con el interlocutor normal en una conversación de tipo profesional o de asuntos de trabajo. El juego de las «distancias» consiste en acercarse demasiado, pasear alrededor, por delante y por detrás, no pararse cuando el profesor le está hablando y, entonces, tiene que seguir detrás de él por toda la clase, subirse a la tribuna, etc.

Un profesor con miedo, suele decir: «siéntate; habla desde tu sitio»; «da la vuelta y ven por delante de la mesa»; «espera, ven aquí; que vengas aquí, he dicho»; «dejad siempre libres los pupitres de atrás; ocupad los de delante»; «aire, aire, aire, aire, —decía uno, alargando sus brazos y poniendo enfrente sus manos como para choques— de uno en uno y sin avasallar», mientras un alumno empujaba al grupo.



¡«Aire, aire... de uno en uno y sin avasallar»!

ESCENAS

Hay dos modos de provocar una «escena», pero ambos pretenden lo mismo: en el fondo, se trata de descomponer la figura del profesor, tan compuesto él y aparentemente tan inmutable y firme. El primer modo es que el alumno te haga «su propia escena», se disguste, se enfade, chille, desobedezca, que se te vaya de la clase. El segundo modo es lograr que tú «hagas tu escena» y los demás te observen descompuesto.

A lo largo de un curso habrás comprobado que, o los alumnos te hicieron «sus escenas» o que tú caíste en la trampa de repetir «la tuya». Tu papel de profesor es demasiado alto y distante: hace falta desenmascararlo. Los alumnos lo saben y van a intentar que abandones el papel de profesor y aparezca el de tu propia persona, a ver si resiste y aguanta la escena. Sobre todo, si ven que un papel no confirma al otro.



¿Quién se mantiene firme ante una escena así?

L

ENGUAJE

Hay un «lenguaje indirecto», con el que los alumnos se entienden entre sí y ponen intencionadamente al profe fuera de juego. Un «lenguaje directo», que, por su tono o formas, intenta rebajar o saltar distancias, amenazar de algún modo. Un «lenguaje doble» que comunica algo distinto a lo que dice. Un «lenguaje incompleto» que deja que el profesor tenga que terminar la frase y el alumno sugiere solamente.

Si todos ellos indican por sí mismos una falta de comunicación, el usarlos reflejamente quiere demostrar una insistencia en que esa incomunicación se da, ellos lo notan, lo saben y quieren echársela en cara al profesor. Con esto se provoca inseguridad, en una profesión en la que lo esencial es entenderse y comunicarse. Sin lenguaje común, el profesor se ve aislado, que no cuenta o que, incluso, le excluyen.



M

OVIMIENTOS

La diferencia entre correr y arrastrarse es bastante clara. No lo es tanto ese matiz de que un alumno «anda corriendo por la clase» o «es que voy rápido porque tengo que acabar pronto». Lo primero es sin duda una amenaza o juego al poder y control del profesor. Lo mismo, el andar lento: «es que voy así, para no molestar a los demás», cuando, en realidad, está buscando la respuesta descompuesta: «¡muévete, muchacho!».

Otra variante clásica es el formar «nudos»: grupos que se paran, se enredan, se echan la culpa unos a otros y dificultan la acción personalizada del profesor sobre un alumno concreto. El alumno que dice «ya acabé; me estoy aburriendo» puede exasperar tanto como aquel burócrata que se complace en retrasarlo todo, buscando el bolígrafo o pasando despacio las páginas del libro. En el ritmo está la amenaza.

O

JOS

Mantener la mirada solía llamarse una falta de respeto. Los judíos cubrían su rostro cuando hablaban con Dios por aquello de que no se cumpla la sentencia de que «el que vea el rostro de Dios morirá». Existe el juego de la «mirada de inteligencia» que consiste en mirar algo indefinido y ausente, lejano: se podría interpretar como una falta de interés por los que tienes a tu lado y te hablan.

Pero el «juego de ojos» va más allá y es más radical: «apuesto a que le hago bajar los ojos al profesor». O también, lo contrario, cuando el profesor exige: «¡mírame a la cara y atiéndeme!». Mucho más, cuando un alumno se pone las manos en la cara y mira al profesor por las rendijas de los dedos, o los que se hacen un telescopio con un folio y le observan como un insecto microscópico, distante y cercano.



PINTADAS

Por supuesto, que no nos referimos a esas pintadas en gran escala: el reto, ahí, es claro. Sino al pequeño emblema y acertijo que aparece dibujado en la esquina de una silla; al minúsculo, pero certero, destrozo de algo limpio e intocable para el profesor; a la letra descuidada, ininteligible; al tornillo que hurga, haciendo serrín; a la caricatura secreta y al «rayeo» sobre un papel mientras el profesor habla.

Como las «pintadas» quedan ahí —al contrario de lo que sucede con otros juegos en clase— podría afirmarse que éstas son como epitafios que revelan, al fin de año, cómo ha sido en gran parte la relación alumno-profesor durante un curso: las siglas, los agujeros, los destrozos, los graffitti, las firmas incompletas, los tacos escritos... constituyen como un testamento de los que no vivieron en paz.



POSTURAS

Es el lenguaje del cuerpo entero; el más desafiante: el dar la espalda; el acostarse sobre la silla; el apoyar el rostro sobre dos manos o en la punta de un dedo; el sentarse de lado mirando a los compañeros; el montar el pie en una silla; son todas señales —si se buscan— de una amenaza permanente y que pone en juego la persona del profesor. Es lo que en interacción alumno-profesor se llama «dialéctica del cuerpo».

Haz un análisis de cualquier clase: de la postura que la ordenación de los pupitres lleva consigo y obtendrás seguramente —si es posible otra ordenación por espacio— la actitud preferente que el profesor quiere tener con sus alumnos. Sobre ese supuesto comienza el juego: si es una ordenación, individual, académica, el rechazo será de unos; si es grupal, en redondo... el rechazo puede que sea de los mismos.

ROSTRO

«Si yo esperaba que se rieran, sus rostros enmudecían de espanto; si yo afirmaba algo seriamente, su rostro brillaba en carcajadas sutiles; si yo...». «Pero entonces inventé yo también mi juego: reirme cuando debía llorar, poner cara triste cuando por dentro me estaba matando de risa. Entonces sus rostros se volvieron muecas retorcidas: no sabían qué hacer, se pasaban las manos por la cara, aparecieron las máscaras».

Cuando los antiguos se creían reyes, exigían en los demás un rostro de esclavo: a los que asistían en la corte no se les permitía reír a discreción cuando presenciaban, por ejemplo, un teatro de comediantes en los salones. Como el rostro es reflejo del sentimiento, se suponía que la función —«vasallo»— debía privar sobre la persona. De ahí nació la «carena», que es variar la cara, sin ponerse una máscara. Si los alumnos se sienten vasallos, el teatro sigue.



RUIDITOS

«¿Te podrías estar quieto y parar de una vez?»

—No, si sólo daba con el lápiz en la mesa.

—Pues deja la mesa en paz.

—(Tic, tic, tic).

—¿Otra vez?»

—No, si no tengo nada en la mano. Sólo movía los dedos.

—¡Pero sobre la mesa!

—(Tac, tac, tac)

—¡Eduardo!

—Es que tengo zapatos de suela...»



SEXO

La acción amenazante puede ser triple, con las variantes naturales que supone si se trata de profesor /a y si de alumnos /as.

a) «indirecta»: con el esposo/a, novio/a de profesora/or; cualquier alusión a la relación personal del profesor en su vida sentimental o de pareja puede ser amenazante.

b) «directa»: los alumnos pondrán a prueba a la profesora y las alumnas al profesor; los recursos son múltiples, aunque no se trate más que de compensaciones o tanteos.

c) «paralela»: la relación entre alumno/a puede servir de chantaje y de poder frente del profesor, suscitar celos, revanchas, amenazas, controles personales de la otra persona en contra del control funcional que puede ejercer el profesor...

SILENCIO

Hay, en primer lugar, un silencio falto de palabras, aunque los gestos parezcan estar de acuerdo: el alumno dice con la cabeza un «sí», cuando el profesor esperaba un comentario hablado, algo que les acercase más. Existen, por otra parte, los tipos mudos que tratan de demostrar que se callaron precisamente ante el profesor; pero, de por sí, son habladores e incluso charlatanes.

Pero hay todavía un silencio más sutil: cuando las palabras, los gestos se usan sólo y discriminadamente para lo que hace referencia al trabajo escolar; pero el alumno esconde plenamente, reflexivamente, todo intento del profesor por un acercamiento y comunicación personal. Y esto se hace luego más evidente al terminar la clase, cuando el alumno recoge sus libros, se despide «profesionalmente»... y se va.

VESTIDOS

Es la forma de cubrirse, pero también constituye un singular descubrimiento. Puede tener sin duda una referencia al marco social en el que los alumnos quieren vivir. Pero, a veces, se constituye en amenaza directa cuando la gente se rodea de modas y utensilios incontrolados y en desarmonía con lo que el profesor quiere o le gusta.

Pero resulta que, en muchos casos, no es así. La prueba es larga, pero se han realizado estudios de cómo la extravagancia o el contraste dejaba de existir o aminoraba cuando la relación Prof./Al. mejoraba especialmente. Una modalidad importante apareció en la sincronización del vestido de los alumnos y su tipo de relación con el profesor, donde aparecían coincidentes formando grupos de maneras de vestir en consonancia de afecto o rechazo del profesor en clase.

VIOLENCIA

Aunque todos los juegos indicados anteriormente admiten grados y éstos pueden llegar a una violencia real, reservamos esta palabra para la actitud que, en lo físico, podría llamarse «paliza» y, en lo moral, «presión». Cada vez son mayores los casos en que los alumnos atizan realmente al profesor y cada vez son más los profesores estropeados, desquiciados psíquicamente, para quienes la clase constituye en cierto modo un tormento patológico.

La situación está ahí. Y el profesor no seguro de sí mismo, y aún los seguros de sí mismos, están pagando la violencia social a la que sus alumnos están sometidos.

Todo ello hace que la situación escolar adquiera movimientos nuevos y que la relación profesor/alumno, en la clase y fuera de ella, pueda «meter miedo» a cualquiera.

Actividades para la Escuela de Padres



07. DOCUMENTOS

- 1.—Recoged datos sobre vuestra vida real —visibles, externos— por los cuales sentís que ciertas actitudes o hechos de vuestros hijos os dan algún «miedo» (cogiendo esta palabra en un sentido amplio, no trágico): vestidos, contestaciones, miradas, silencios, distancias, etc.
- 2.—Invitad entonces a algunos profesores para dialogar con ellos sobre «señales externas» que los alumnos emiten en sus clases que les «dan miedo», sienten una amenaza con ellas.
- 3.—Lograd con ello **«el documento del miedo»**, que de alguna manera produce, está produciendo angustia en muchas familias y en las escuelas.
- 4.—Estudiad cómo eso puede influir en la relación normal Prof./Al. y, concretamente, en el aprendizaje de las asignaturas.
- 5.—Estudiad qué causas pueden mover a los alumnos a crear este tipo de situaciones y ver qué medios usaríais como profesores o como padres para que esas «acciones de miedo» desaparezcan o no produzcan efectos tan desastrosos.